

## GONZALO PAYO, PINTOR

FERNANDO DORADO MARTÍN  
Correspondiente

Por mi admiración a Gonzalo Payo Subiza, me es grato participar en esta sesión de homenaje. Dada mi dedicación a la pintura, mis palabras van dirigidas a la aplicación que él tuvo en esta faceta.

Hombre prolífico, de él se ha hablado menos como pintor. De amplios recursos, han sido otras actividades que desarrolló en su vida las que han sido más aireadas. Dentro de las grandes aportaciones que llevó a la sociedad en que se desarrolló, creo que no deben quedar empalidecidas las que dejó patentes en sus cuadros al óleo.

Su abuelo paterno había dicho que era una cabeza universal; hombre del Renacimiento, sumaríamos; como repetidamente se califica a quienes tienen la capacidad de hacer sus vidas intensas y extensas, aquellos que como él están dotados y tienen la voluntad de producir con provecho para sus semejantes; los que inducen a reflexionar y que proporcionan valores éticos y también estéticos para animar a que nuestros comportamientos alcancen mayor altura.

La pintura, entre ella comprendida la de Gonzalo Payo, crean, en quienes contemplan sus ejemplares, la aptitud de saber ver y gozar lo que está a su alcance, aquello que sirve de modelo y de inspiración como lo que recogió con su personal interpretación Gonzalo.

Artista él que su percepción y su sensibilidad se veían reflejados en su semblante, mirada atenta y vivaz, reproduciendo su espíritu exquisito y generoso para cuanto giró a su alrededor. Fue compendio de lo que otros hombres extraordinarios, cada uno en su especialidad, pueden reunir. Cultivó la poesía, de la que demostró ser una notable figura; la pintura, la que se mira con atención; sus artículos y tomos literarios, que han quedado escritos para deleite llegando a sus páginas; sus trabajos científicos y hasta los recuerdos de los que nos dice su familia que halló un hueco para practicar y escuchar música; presidió organismos puesto su interés para bien de los ciudadanos administrados, y, en esa intensidad a la que aludíamos, atendió al deporte como complemento del discurrir de sus días, manteniendo un estado saludable, lo que le proporcionaba, sin cansarse, estar toda una jornada en el campo, del que, además, extrajo múltiples matices que supo llevar a sus lienzos, completados con tipos campesinos cuidando rebaños de ovejas captados con perfección, así como los caballos, que parecen moverse; todo ello manejando una paleta rica en brillantes colores.

En su libro titulado «La herencia fenicia» hace constancia de un pensamiento de su padre, el que apuntó que lo mejor es elegir una profesión libre, y no estar supeditado al estado incómodo de la nómina oficial. A eso añade Gonzalo Payo haber sentido cierta envidia por las profesiones liberales, como las de médico (no estatalizado), escritor, otra más, y también la de pintor. Contra ello podría objetarse que Payo ejerció en su puesto de trabajo como Jefe del Observatorio Geofísico de Toledo con entusiasmo, y que sus estudios y vocación estaban plenos de iniciativas en el discurrir de su tiempo. Con iguales disposiciones desarrolló su labor de profesor, acompañando a sus lecciones de Matemáticas sus dotes de encomiable educador.

En cuanto a la pintura, la suya es de atrayente colorista; ensaya enfoques que luego el que los ve disfruta del estudiado equilibrio conseguido. Cielos prevalentemente dulces, sin estar omitidos los de momentos tormentosos sobre lejanías de tonos leves; en todas sus muestras se advierten los diferentes planos necesarios para lograr convincentes perspectivas. Examinando su pródiga producción, vamos desfilando puestos nuestros ojos en motivos como las sugerentes parcelas en barbecho, encinas, olivos y, en fin, tierras luminosas por las que correteó en su infancia y atrochó, ya maduro, con su escopeta de caza, alternada en días con el caballete para recoger variedad de panoramas campestres de que tanto gustó. Cuadros están en su casa descubriendo los ocres del secano o la jugosidad de cuarteles más generosos; olivos de verdes tirando a grises, y con tonos más acusados majestuosas encinas. En otras obras, Payo Subiza presenta espléndidos carmines en árboles del amor en primera línea, y al fondo fríos azules diluyendo cercanías hasta alcanzar el horizonte. No le faltan las aguas, que parecen tocarse, y en sus orillas más caballos moviéndose o corderos con sus madres en ordenación real con su pastor.

Acusa su buena preparación con el dominio del dibujo, inicialmente aprendido en sus estudios de topógrafo y de ingeniero geógrafo, que le dio pie a extenderse con el carboncillo en habilidades artísticas, llegando hasta coger la espátula dispuesto a dar mayor fuerza a lo que quiso destacar. Toledo, en la que vivió casi toda su vida, fue escena de inspiración; de la ciudad pueden verse panorámicas cogidas desde su lugar de trabajo de sismógrafo en espacios florales contrastados con un bonito conjunto de pitas. El puente de San Martín no falta en su vasto repertorio pictórico, visto desde lo alto del espolón sobre el río, desde una ocupada residencia pegada a Gilitos. Gonzalo Payo conoció al dedillo Toledo; en él buscó los mejores puntos de vista para obtener sus paisajes. También los

encontró a propósito de los ratos invertidos con su caña de pescar, recreándose al mismo tiempo con la gama de colores que le ofrecían el río y los llanos y bajadas que le delimitan. Cuenta en uno de sus artículos literarios que en esta diversión algunas veces llevaba a un nieto, al que llamaba sobrino, porque se resistía al tratamiento de abuelo; y tenía razón, porque su apostura y su semblante siempre correspondieron al de un hombre joven, ágil y vigoroso. A ese niño, mientras esperaba que una carpa picara el anzuelo de su caña, le enseñaba las vertientes que caen al Tajo desde lo alto de la Virgen del Valle, con sus chopos en la orilla, enfrente a la que estaban ellos, la del Barco Pasaje, particular enclave para, terminarlo, firmar un buen óleo.

Gonzalo Payo se movió dentro de círculos de artistas, de ellos en la aparecida Sociedad «Estilo», de gran actividad en Toledo. En la revista de ella, «Ayer y Hoy», colaboró frecuentemente con su obra poética. Conoció y fue amigo de pintores inscritos en la Asociación, algunos de ellos procedentes de las zonas rurales de sus comienzos, como él. De estos medios rurales –se ha referido muchas veces–, Guerrero Malagón, en su pueblo natal, se entretenía marcando sus carbones en enjalbegadas paredes; otro tanto lo hizo Francisco Sans Uguet en el ibicenco Alayor, del que es originario, en años en que no podía preveer que vendría a montar su estudio de la toledana calle del Angel, ya cuajado artista; uno más, el pintor, ya olvidado aquí, avocinado actualmente en Mislata (Valencia), Florentino Peces Martín, nacido en 1907, que en su infancia empezaba su inclinación dirigida al Arte queriendo reflejar gallinas y patos en las enlucidas tapias del cigarral «El Torero», finca de la que su padre era el guarda.

Gonzalo Payo hizo amistad con artistas extranjeros como Kasué y Aroldo Gamper. Distante de los caminos tomados por ellos,

él optó por ese ya tradicional neoimpresionismo que dominara el arte de los Vera, Beruete y Ricardo Arredondo. Esa misma tendencia con la que comenzara Rafael García Cano, el que sintetizó sus dos apellidos en el seudónimo de «Canogar» ya después de instalado en sus variaciones del Informalismo; Rafael García Cano, del que no es recordado que a sus quince años obtuvo, junto a los de otros pintores toledanos, el primer premio de su vida, aquí en su ciudad natal en concurso convocado por la Obra «Educación y Descanso», en agosto de 1948.

En un artículo publicado en la indicada revista «Ayer y Hoy», Payo Subiza, respecto a Arte, tiene expuesto este su pensamiento: «... el gusto de un pueblo se modifica por unos señores, a veces estupendos artistas, alentados por críticos más o menos sinceros, digan que su obra es la depuración del arte y que cualquier otra pintura es anticuada y pobre». Y sigue: «Nada hay tan desconcertante ver alabado un cuadro o la escultura que ni se entiende ni le pueden explicar. Pues toda explicación se le dice que eso hay que sentirlo o no sentirlo. Y malo es cuando una obra de arte necesita explicación».

Fue revista «Ayer y Hoy» órgano de comunicación en Sociedad donde se insertaron idearios y novedades poéticas, y en la que se incluyeron igualmente trabajos de dibujantes del ámbito local más relevantes y perteneciente a dicha Sociedad «Estilo»; la que organizaba exposiciones anuales de Pintura y Escultura antes de aparecer las Bienales del Tajo. Acudían los artistas más granados de Toledo y para los que a la vez preparaba concursos para premiar las obras más sobresalientes, requiriendo para formar parte de los Jurados a personalidades como las del crítico y catedrático Enrique Lafuente Ferrari y al renombrado artista rejero Julio Pacual, entre otros. Una de las Directivas de «Estilo», en 1957, fue constituida como presi-

dente Clemente Palencia Flores, vicepresidente Cecilio Béjar Durante y vocales Cecilio Guerrero Malagón, Fernando Jiménez de Gregorio, Antonio Moragón Agudo y, cómo no, el que ahora recordamos con cariño, Gonzalo Payo Subiza, todos ellos, por cierto miembros de esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, en diferentes épocas. Fueron muy celebradas y muy concurridas, en fechas más próximas, las exposiciones individuales que llenó con sus cuadros Gonzalo Payo, tales como las acogidas en la Cámara de Comercio de la capital toledana y la también del Palacio de Benacazón, esta última en 1999. En cuanto al número de visitantes para las suyas, desde de lo que él, en juicio escéptico impreso en su libro «La herencia fenicia», manifestaba esto: «Las exposiciones y el cine son de mi mayor gancho externo –y la partida de mus, claro– y en las exposiciones sólo están los cuatro amigos del pintor, o sea, poca gente; que los pintores son también como topos hacendosos que hacen poca vida social».

Cuadros de Payo se ven colgados en lugares donde menos se esperan: en consulta de médico enorgullecido noblemente éste de su posesión, en restaurante que se precia de coleccionar óleos de elegidos autores, y varios sitios más, con los que adornan, en mayor número para ver, los que conservan la familia, que reparten, principalmente su mujer, Pili, y sus hijos Marta, Marco, Piluca y Patricia. Entre ellos, dejó huella de su pasión por la pintura. Su esposa rinde entrañable memoria llevando los pinceles en sus manos para presentar unas buenas composiciones de flores; más atrevida, su hija de igual nombre, Pilar, familiarmente Piluca, y de ésta su hija Cristina, de ocho años, artista promesa que ya ha concurrido en exposiciones escolares. Todos guardando el gran cariño que siempre tuvieron para Gonzalo.

En cuanto a mi relación con él, quiero recordar que le expresé

el placer que sentía leyendo sus habituales escritos en la prensa, en comunicación que le hice semanas antes de que dejara de estar con nosotros. Me contestó con esta tarjeta que tengo conmigo, en la que me decía, junto a frases halagüeñas para mí, estas otras: «Querido Fernando: Te agradezco mucho tus palabras sobre mi colaboración de los miércoles en A B C y eso me alienta a seguir con ello. Ahora también tengo una colaboración 'ruralista' los viernes en ECOS. Gracias y un fuerte abrazo».

Y en efecto, en sus últimos días siguió escribiendo sus artículos, alguno salido a la luz cuando ya había dejado de existir. Su mujer es testigo de que continuó pintando hasta entonces, labor que entremezclaba dándole ánimos a ella, con lo que queda bien probada su gran entereza.

¡Gloria a hombre de prodigalidad en hechuras y de sabiduría tan extendida!

Muchas gracias.

